

Conferencia del Padre Luis Ugalde en el marco del foro Social Cristiano:
Perspectivas del Social Cristianismo en el Perú

El Papa Francisco y las enseñanzas sociales de la Iglesia



*P. LUIS UGALDE, S.J.

Leyes “científicas” y responsabilidad humana.

Han pasado 131 años desde que el papa León XIII publicó la primera encíclica social de la Iglesia Católica, *Rerum Novarum*, con reflexión y orientaciones especiales sobre los problemas novedosos que surgían de la revolución industrial y de la Ilustración. Con la revolución industrial capitalista la humanidad saltaba de la milenaria economía de subsistencia a la economía de acumulación y de la abundancia con revolución permanente de las fuerzas productivas; esto traía una nueva cultura y prometía una nueva humanidad sin carencias. Los ilustrados creían que no solo la naturaleza, sino también las sociedades humanas estaban regidas por leyes determinantes como las físicas y matemáticas; por eso a la nascente sociología se le llamó “física social”. También en economía la práctica y la ideología liberal defendían que la revolución económica estaba regida por la propiedad privada de los medios de producción y por el mercado con la ley de libre oferta y demanda, sin que el Estado o autoridades morales y religiosas como la Iglesia impusieran desde fuera normas de conducta económica. Esas leyes liberales conducirían inexorablemente a la mayor producción y a la mejor distribución de los bienes.

Pero donde avanzaba la industrialización era escandalosa explotación del trabajo y la miseria espantosa del mundo proletario. Esta realidad pronto provocó críticas y propuestas alternativas que van desde lo que se llamó “socialismo utópico” hasta numerosas propuestas e iniciativas de redención social de inspiración cristiana. Quiero mencionar especialmente la teoría de Carlos Marx que él llamó “socialismo científico”, según la cual el origen de la miseria y la explotación estaban en la existencia misma de la propiedad privada de los medios de producción y la consiguiente contratación de mano de obra en condiciones de explotación inhumana. Según esa pretendida “ley científica” el capitalismo liberal conducía al enfrentamiento entre el capital de pocos y el trabajo de muchedumbres explotadas, lo que llevaba a la revolución proletaria con la toma y **destrucción del Estado capitalista**, seguido de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y la **extinción del Estado-dictadura del proletariado** por innecesario en la sociedad sin clases. Lo que daría paso al paraíso en la tierra sin propiedad privada de los medios de producción, sin escases, sin dictadura del Estado y sin expropiación del trabajo por el capital.

Un siglo después habla la realidad.

En 1891 la nascente DSI analizó la realidad y afirmó por un lado la propiedad privada y el Mercado y por otro el Estado. Pero al mismo tiempo rechazó la pretendida exclusividad del Mercado y también la del Estado. Hoy más que discutir promesas

idealistas, debemos leer los resultados históricos, pues tanto el Mercado libre como el Estado han reinado en sus respectivos ámbitos y podemos apreciar en los resultados la verdad o engaño de sus ideologías y promesas. Así mismo miramos también las enseñanzas sociales de la Iglesia y lo que la realidad nos dice sobre su pertinencia.

Los hechos están a la vista. No hay tales leyes científicas naturales que conducen a la felicidad liberal para todos y tampoco socialismos científicos que conducen al paraíso comunista de abundancia, libertad y justicia.

El socialismo estatista impuso una realidad tan inhumana, que no pudo competir con el capitalismo en lo económico y que en lo político-social implantó una dictadura sin libertades con voluntad de perpetuidad y represión sistemática contra toda alternativa. Por eso las dictaduras socialista-comunistas se desmoronaron desde dentro, luego de muchas décadas de control y dominio total.

Por su parte, el capitalismo en sus versiones más liberales cuenta con formidables éxitos económicos, pero acompañados de enormes desigualdades y sin capacidad de lograr sociedades de bienestar general compartido. Ninguna de estas dos supuestas “leyes científicas” ha resultado donde han reinado. Mucho menos se han revelado como respuesta humanizadora para los miles de millones de las periferias, de excluidos y dominados en los cinco continentes en este mundo globalizado, pero no humanizado fraternalmente.

La enseñanza social de la Iglesia reconoce y afirma desde el

*Exrector de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas - Venezuela.

comienzo el Mercado y el Estado, pero no de manera mutuamente excluyente, sino como complementarias y subordinadas al bien común de todos. El desarrollo de la racionalidad instrumental dota de poderosos medios, pero requiere de la inteligencia y de la voluntad ordenadas con libertad y responsabilidad para producir bienestar compartido por toda la humanidad. Todas las enormes posibilidades de los medios para producir vida, también son capacidades de matar y de destruir; en la actual humanidad son infinitamente superiores a las que había a fines del siglo XIX. Los medios se han revolucionado permanentemente, pero los fines para los que son usados dependen de la conciencia, de la bondad y de la responsabilidad humana.

Por ejemplo, los logros brillantes después de la segunda guerra mundial en la reconstrucción de Alemania y de Europa se deben a esa voluntad decidida de crear **sociedades con Estado Social de Derecho y de Bien Común con Economía Social de Mercado** donde fueron coincidiendo el social cristianismo y la socialdemocracia que se distanció críticamente de la dictadura marxista.

Nova et Vetera. Las dos grandes encíclicas sociales- *Laudato si* (2015) y *Fratelli Tutti* (2020) del Papa Francisco están inspiradas en San Francisco de Asís, pero con una mirada centrada en la humanidad entera del siglo XXI. Resalto cuatro acentos novedosos y decisivos que nos da el Papa: **una perspectiva, un horizonte de plenitud utópica y una benevolencia decidida a construir la ciudadanía y fraternidad mundiales.**

El Papa nos da una perspectiva, un desde donde, como cristianos y como humanos hemos de mirar y afirmar la plenitud de la condición humana. **Como Jesús, lo hacemos desde la periferia**, dice el Papa; desde los excluidos y marginados se ilumina la negación humana de una sociedad. Jesús desde la acogida y la afirmación de los pobres, los leprosos, los excluidos del templo y del



Conferencia inaugural de P. Ugalde en FSC: Perspectivas del Social Cristianismo en el Perú.

Sanedrín, nos revela la identidad de Dios Amor, las limitaciones y deformaciones de las religiones. En nuestra respuesta a los que tienen hambre, sed, cárcel enfermedad y destierro nos encontramos con Dios, nos dice Jesús. En la mujer sometida y negada en su dignidad, en los emigrantes y refugiados del siglo XXI, los esclavizados, explotados y empobrecidos los que son estigmatizados y excluidos por su raza, nacionalidad, sexo o religión está la medida de nuestro cristianismo y también la calidad del humanismo de esta humanidad tan superdesarrollada. Solo mirando desde el lugar de esos miles de millones podemos apreciar el inmenso reto humanizador del siglo XXI.

En segundo lugar, el Papa nos presenta **un horizonte de plenitud, una utopía** y una dirección hacia donde caminar con sentido: *Fratelli Tutti*, hermanos todos, es el anhelo de una humanidad hermanada y la máxima y más profunda identidad y la aspiración humana. Pero el solo horizonte utópico sin asumir la dura realidad resulta una ilusión evasiva y el Papa no cae en eso pues su perspectiva le lleva a iniciar la encíclica *Fratelli Tutti* con un primer capítulo titulado **Las Sombras de un Mundo Cerrado** donde presenta la cruda realidad actual. Para cambiarla es necesario tejer la historia con dos hilos, el de la realidad y de la utopía. Nada se redime si no se asume.

En tercer lugar, para lograrla no

basta la acumulación cuantitativa de los medios inventados por la ciencia y desarrollados por el afán de lucro. El Papa acentúa con fuerza los límites del economicismo; su capacidad y amenaza de destrucción de la casa común son cada vez más evidentes. Los adelantos tecnológicos son ambivalentes en el sentido de que pueden ser usados para desarrollar la vida, y también para producir muerte. El Papa apela a la **benevolencia entendida “como actitud de querer el bien del otro”** (n. 112 de FT), sin olvidar que en nuestra humanidad está muy activa y potenciada la **malevolencia que desea el mal al otro** y convierte esos medios de vida en guerra, destrucción y muerte entre los pueblos.

En cuarto lugar, nos señala el Papa la tarea de avanzar hacia la ciudadanía global, superando barreras y fronteras para convertir la humanidad entera en casa fraterna. No se trata de leyes deterministas, sino de motivación humanizadora con tres principios básicos que caracterizan la Enseñanza Social de la Iglesia y han de orientar la conciencia y las responsabilidades humanas:

-La dignidad de la persona humana es la piedra angular: toda persona humana sin distinción de estatus social, raza, sexo, religión, nacionalidad... tiene dignidad trascendente y no puede ser sometido y reducido a simple medio como instrumento de otros. Este principio se

basa en la creación amorosa de Dios y en la vocación a realizarse como hijos de Dios y hermanos que nos revela su Hijo Jesucristo. Igual dignidad de todos aunque seamos diferentes y cada uno nos desarrollemos de manera distinta de acuerdo a nuestra libertad y responsabilidad. Se ha avanzado mucho en este reconocimiento universal y se van realizando los cambios necesarios para que en todos los continentes y razas avance el reconocimiento de ese principio y cada vez

haya más oportunidades al alcance de cada uno para convertirlo en realidad con su propio esfuerzo. Pero todavía abruma una humanidad que invierte recursos multibillonarios en armas de destrucción y muerte.

Pero la persona humana individualmente no es un ser autosuficiente en sí mismo de modo aislado, como defiende el liberalismo extremo. La humanidad no es la yuxtaposición de millones de “yos” cerrados y autosuficientes. El “yo” no se desarrolla como persona libre sin “nos-otros”. Un “nos-otros” en el que el yo se encuentra a sí mismo **afirmandose con los otros**, sin que queden anulados ni el yo ni los otros.

-Ahí de manera vivencial surge lo que podemos reconocer como **principio de solidaridad** que es fundamental para que la vida humana en sociedad no sea destructiva contra otros, sino creativa con otros. Ese principio es vital en la relación capital-trabajo, en toda la vida económica y también en la vida política desde la comunidad más básica hasta el Estado nacional y la convivencia de la sociedad internacional.

Pero la humanidad tiene una terrible historia de guerras, destrucción del otro y defensa de la realización propia **contra otros y no con otros**: Homo homini lupus (reconoce Hobbes), a la que se contrapone la propuesta de Jesús de Nazaret homo homini frater. Con el mismo material humano somos responsables de hacer



“El principio de la subsidiariedad es fundamental para frenar y enfrentar la tendencia a la opresión humana.”

hermanos o lobos y de que los grupos, naciones etc. cultiven la convivencia y la amistad o la destrucción y la guerra. Se acumulan poder, recursos y tecnología para matar o defenderse de que no me maten, en lugar de concentrarlo en dar y defender vida. Muchos miles de billones arrebatados a la alimentación, a la educación y a la salud de la humanidad constituyen hoy un escandaloso monumento a la irracionalidad humana.

-El principio de solidaridad nos lleva a buscar el beneficio y la potenciación mutua y a crear asociaciones y pactos sociales, desde la aldea más pequeña hasta la aldea global, activando el principio de solidaridad más allá de toda frontera.

-El principio de subsidiariedad es fundamental para frenar y enfrentar la tendencia a la opresión humana: el más fuerte quiere imponerse y dominar y el débil también. El principio de subsidiariedad exige que la instancia superior y más fuerte no elimine ni subyugue a la menor y más débil, sino que la potencie para hacerla más fuerte. Así la sociedad no es un conjunto de súbditos individuales sometidos a un Estado omnipotente, ni a nivel mundial los estados más débiles deben ser dominados por los más fuertes, sino desarrollar una relación donde los más fuertes y las instancias superiores ayudan a los más débiles a fortalecerse y llegar a no necesitar de ese subsidio.

Aquí es radicalmente distinta la

comprensión de la sociedad y la tarea sociopolítica entre el socialismo estatista y las enseñanzas sociales de la Iglesia. Para aquel todo Estado es dictadura de poderosos grupos (económicos, políticos, religiosos...) que someten millones de individuos. Quien domine el Estado domina la sociedad entera e impone sus intereses, para lo cual es deseable que la sociedad sea débil y los cuerpos intermedios dependan y sean sumisos al Estado. Por el contrario, según la DSI el

Estado es para fomentar el fortalecimiento de las personas y cuerpos sociales intermedios. Así mismo el principio de subsidiariedad es clave en la relación mundial entre estados, de manera que los más poderosos no sometan a los más débiles y subdesarrollados, como ha sido la historia de las conquistas y la práctica colonialista, sino que se relacionen de tal modo que potencien a las naciones más débiles y a las diversas formas de asociaciones internacionales. El Estado es una creación humana un instrumento que requiere ser rescatado de grupos y de dinámicas de poder para transformarlo en promotor del bien común donde se realiza la dignidad de cada persona humana, y la amistad política.

En América Latina para salir de la pobreza necesitamos reavivar la formación ciudadana con las Enseñanzas Sociales de la Iglesia centradas en los retos del siglo XXI superando las fronteras nacionales que impliquen rechazo mutuo.

En el horizonte trascendental de la humanidad está la llamada y el impulso a “forjar con las espadas en arados (Isaías 2,4) y celebrar con alegría la amistad del lobo y del cordero que llegan a pacer juntos (Isaías. 11,6-9) y ver cómo el niño y la víbora juegan sin hacerse daño. Fratelli Tutti. San Francisco de Asís llevaba en el corazón la fraternidad universal que nos regaló Jesús de Nazaret. Por eso acaricia al manso hermano lobo.